

1º Ante todo, es una **historia popular**, esto es, una historia que no ha sido escrita con los criterios que utilizaban los clásicos griegos y romanos, o con la imparcialidad y aparato crítico de los modernos, sino con estilo sencillo y acomodado a la inteligencia y al genio del pueblo hebreo.

Pero, aunque no sea historia en el sentido de la historia clásica o moderna, se trata de verdadera historia, esto es, de narraciones que corresponden objetivamente a hechos realmente sucedidos. Y así, el término «historia popular» se opone a «historia técnica» o «científica», pero no a «historia real».

2º Y luego, es una **historia de tendencia y concepción religiosa**, es decir, que tiene el fin de enseñar, de mover a la virtud y a la piedad, de amonestar y precaver. Este fin religioso constituye el carácter esencial de la historia bíblica, y le asigna un puesto peculiar entre todas las demás narraciones de la literatura mundial.

Los Doctores de la Iglesia vieron en el carácter didáctico religioso de las narraciones sagradas una garantía de su verdad histórica y su valor didáctico, ya que, para poder instruir, hay que seleccionar hechos rigurosamente históricos, al abrigo de cualquier objeción o refutación por parte de los oyentes. Los críticos modernos, al contrario, impugnan por este mismo motivo su credibilidad histórica, como si la finalidad religiosa llevara a desfigurar y amplificar los hechos, y la finalidad didáctica hiciera aceptar sin espíritu crítico cualquier narración, verdadera o falsa, mientras sea apta para moralizar. Lo cual se arguye sin razón, pues:

- Como se ha dicho, la narración bíblica quiere ser verdadera historia, aunque no en el sentido de la crítica moderna, y como verdadera historia se presenta.
- Además, el fin religioso y didáctico no es incompatible con la verdad histórica, ni lleva a deformar los hechos, como suelen pretender dichos críticos, sino que sólo lleva a establecer una cuidadosa selección para elegir los que mejor sirvan a este fin y excluir los que no interesan.
- Por otra parte Dios, mediante la inspiración divina y la inerrancia que se le sigue, garantiza la plena historicidad de los acontecimientos y pormenores narrados por el hagiógrafo, aunque tal vez no hayan podido ser verificados con la precisión que habría aportado la historia moderna.

Si la historiografía crítica moderna achaca a la historia bíblica **no seguir sus propios criterios** –acopio de materiales, exactitud y verificación documental de todos los pormenores, nexos que guardan los hechos entre sí, motivos y consecuencias de los diversos acontecimientos, etc.–, la historia bíblica puede achacar a su vez a la historiografía moderna el **descuidar la finalidad religiosa y didáctica**. La historia moderna se limita a las solas causas segundas; mientras que la historia bíblica, elevándose hasta Dios, ve y juzga los acontecimientos a la luz de Dios, de su gobierno del mundo, de la intención divina en la historia, y de la obra de la Redención.

Hojitas de Fe

Escrutad la Escritura

464

I. Historia Sagrada

Libros históricos del Antiguo Testamento

Después de la introducción a la lectura de la Sagrada Escritura, que ya vimos en una anterior Hojita de Fe, hemos de presentar los libros históricos del Antiguo Testamento, cuyo estudio es de una gran riqueza para la fe católica, especialmente por tres razones:

1º Primero, porque la historia del Antiguo Testamento nos da el marco histórico del plan de Dios sobre la humanidad, y especialmente del designio redentor sobre la humanidad prevaricadora. Esta historia no se cuenta como lo harían los hombres, sino que en ella se resalta únicamente lo que la historia tiene de esencial a los ojos de Dios.

2º Luego, porque esta historia ha querido dotarla Dios con **gran cantidad de sentidos típicos y proféticos**, de modo que las cosas, personas o acontecimientos que la integran son figura de las realidades por venir, especialmente de Cristo y de la obra redentora que debía llevar a cabo.

3º Finalmente, porque esta historia muestra claramente **la intervención de Dios en la vida del hombre**: Dios no abandona al hombre al que ha dado existencia, sino que entra en su historia para ayudarlo a alcanzar su fin. Estas intervenciones de Dios culminarán un día en la encarnación de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Jesucristo Nuestro Señor, mediante la cual el mismo Dios quedará vinculado definitivamente a nuestra raza.

Sin embargo, nada hay hoy en día que se vea tan desvirtuado o negado como esta historia bíblica. El racionalismo bajo todas sus formas, para socavar los mismos cimientos de la fe católica, ha tratado de destruir sus raíces históricas, y eso a tres niveles distintos:

1º Ante todo, reduciendo la historia bíblica en general a mitos, leyendas o parábolas, carentes de realidad objetiva.

2º Luego, negando más especialmente el carácter histórico de los primeros capítulos del Génesis, donde se contienen, a decir de la Iglesia, los fundamentos mismos de la religión católica.

3º Finalmente, impugnando la autenticidad mosaica del Pentateuco, para poder negar más libremente su historicidad.

Por desgracia, esas tesis racionalistas hicieron su entrada entre los exegetas católicos especialmente desde el Concilio Vaticano II, hasta el punto de impo-

nerse de manera casi universal; de modo que prácticamente ninguna Biblia «católica» actual mantiene en sus introducciones y notas la doctrina de la Iglesia en materia de historia. Por eso, antes de presentar los libros históricos del Antiguo Testamento, hemos de examinar las verdades que el Magisterio de la Iglesia ha opuesto a tales impugnaciones.

1º Historicidad de los libros históricos de la Sagrada Escritura.

Según la doctrina constante del Magisterio de la Iglesia:

1º Hay, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, algunos libros que han de ser considerados como históricos, esto es, como narrando **verdadera y propia historia**, o, dicho de otro modo, hechos sucedidos objetiva y realmente (Dz. 1980). Para el Antiguo Testamento estos libros son los 21 siguientes: Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, Reyes (I-IV), Crónicas (I-II), Esdras, Nehemías, Tobías, Judit, Ester y Macabeos (I-II).

La historicidad de dichos libros viene abonada por el mismo carácter y forma histórica con que dichos libros se presentan, por el testimonio de las mismas Escrituras, por el sentir unánime de los Santos Padres y el sentido tradicional transmitido por el pueblo de Israel y mantenido por la Iglesia, y muchas veces hasta por el mismo testimonio de las fuentes profanas.

2º El carácter histórico de las narraciones bíblicas debe mantenerse especialmente en los lugares donde se relatan **hechos que tocan a los fundamentos de la religión cristiana** (Dz. 2123). Tal es el caso de los tres –y aun de los once– primeros capítulos del Génesis, especialmente en lo que mira a *la creación de todas las cosas hechas por Dios al principio del tiempo, la peculiar creación del hombre, la formación de la primera mujer a partir del primer hombre, la unidad del linaje humano, la felicidad original de los primeros padres en el estado de justicia, integridad e inmortalidad, el mandamiento impuesto por Dios al hombre para probar su obediencia, la transgresión del mandamiento divino por persuasión del diablo bajo especie de serpiente, la pérdida por nuestros primeros padres del primitivo estado de inocencia, y la promesa del Reparador futuro*. Por consiguiente:

• No es lícito reducir la historia bíblica a una **historia según las apariencias**, esto es, a una historia que no se amolda a los hechos tal como realmente sucedieron, sino sólo tal como aparecen en la opinión del vulgo; por la sencilla razón de que la primera ley de la historia es que la narración corresponda con los hechos tal como realmente sucedieron (BENEDICTO XV, Dz. 2187).

• Ni catalogar la historia bíblica dentro de ciertos **géneros infrahistóricos**, forjados a priori al gusto de cada exegeta, en virtud de los cuales el hagiógrafo no habría pretendido darnos historia propiamente dicha; ya que el mismo carácter de los libros históricos, el testimonio de las mismas Escrituras y la tradición judía y cristiana muestran claramente que el hagiógrafo quiso relatar verdadera historia, y no narraciones ficticias con fines didácticos (Dz. 2188).

• *Ni apelar a las citas implícitas, esto es, a transcripciones de testimonios y de documentos que pueden ser falsos, pero que el autor sagrado no menciona expresamente ni hace suyos, a no ser ello que se pruebe con sólidas razones; pues una de las reglas de la composición histórica es que el escritor aprueba y hace suyas las citas o documentos que inserta en su escrito, salvo cuando expresamente manifiesta lo contrario (BENEDICTO XV, Dz. 2188).*

3º En particular, debe hacerse caso omiso de todas las **hipótesis y especulaciones racionalistas sobre la historia bíblica**, por partir de prejuicios hostiles contra la fe y la Revelación divina, particularmente de la negación absoluta de todo lo sobrenatural. Semejantes teorías no merecen más que desprecio por parte de un católico, pues siendo la Iglesia Católica la única depositaria e intérprete autorizada de la Sagrada Escritura, *«no se puede encontrar fuera de Ella el legítimo sentido de la divina Escritura, ni puede ser dado por quienes han repudiado su Magisterio y autoridad» (LEÓN XIII).*

Entre estas hipótesis racionalistas, dos son las que más destacan: • la hipótesis de las religiones comparadas, según la cual el autor sagrado habría tomado sus materiales de tradiciones comunes a otras religiones, con los errores o falsas concepciones de las mismas; • y la teoría de la evolución, según la cual los mismos escritos de la Biblia no habrían sido redactados por los autores a quienes se atribuyen, sino sucesiva y progresivamente a través de toda una serie de redacciones y refundiciones, hechas por distintos autores y en distintas épocas.

4º Entre las hipótesis racionalistas, cabe igualmente destacar la que niega a Moisés la paternidad literaria de los cinco primeros libros de la Sagrada Escritura, con el fin de poder combatir mejor su carácter histórico y su veracidad. Por eso, el Magisterio de la Iglesia ha defendido siempre con firmeza la **autenticidad mosaica del Pentateuco** (Dz. 1997-2000), afirmando:

• *Que Moisés es el verdadero autor de todo el Pentateuco en su integridad.*

• *Que, si bien puede sostenerse la hipótesis –libre– de que en dicha redacción fue ayudado por secretarios, ha de explicarse de modo que la redacción final de la obra sea atribuible a Moisés como a su autor principal.*

• *Que, si bien puede afirmarse también que Moisés se valió de documentos escritos y orales, ha de aceptarse el influjo divino de la inspiración sobre dichas fuentes, que las preservaba absolutamente de todo error.*

• *Y que, si bien puede también admitirse que la obra de Moisés recibió algunas modificaciones después de su muerte, tales modificaciones –como por ejemplo añadidos posteriores– han de ser tan accidentales que, no afectando a la integridad del Pentateuco, no afectan tampoco a su autenticidad mosaica.*

2º Características de la historia bíblica.

No puede negarse, sin embargo, que la historia bíblica no presenta las mismas características que la historia moderna. Por eso, para apreciar debidamente el carácter histórico de las narraciones bíblicas, deben tenerse en cuenta dos peculiaridades principales de la historia bíblica: